

LA OPEP POR DENTRO: LOS AÑOS DORADOS

HUMBERTO CALDERÓN BERTI

PRESIDENTE DE LA OPEP (1979-1980)

PRÓLOGO DE SHEIK ALI KHALIFA AL SABAH



La OPEP por dentro

Los años dorados

HUMBERTO CALDERÓN BERTI

© Humberto Calderón Berti, 2022
© Prólogo de Sheik Ali Khalifa Al Sabah

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2022
Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9875-544-2
Depósito legal: B. 14.434-2022
Primera edición: octubre de 2022
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por EGEDSA

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prefacio	9
Prólogo.....	13
Introducción. Una vida dedicada al petróleo	17
1. Venezuela, tierra de oportunidades.....	25
2. El petróleo en Venezuela.....	37
3. Venezuela y los países del Medio Oriente	71
4. Nuestros socios en la OPEP	83
5. Mis vivencias en la OPEP	129
6. Intensa actividad internacional.....	173
7. Relaciones energéticas hemisféricas.....	179
8. Conferencia de la OPEP en Caracas, diciembre de 1979 .	197
9. 1980.....	219
10. 1981-1983.....	247
11. La invasión de Kuwait.....	289
12. Las últimas dos décadas del petróleo.....	305
Agradecimientos	321
Bibliografía	325

Venezuela, tierra de oportunidades

Infancia en tierras andinas

Nací en un pueblo de los Andes venezolanos llamado Boconó, vocablo indígena para denominar un cono de deyección, con una fuerte pendiente norte-sur. Limitado por dos quebradas, la Segovia, de nombre castizo, y la Mitimbón, de nombre indígena, al oeste, que desembocan en nuestro río padre, el río Boconó. El asentamiento fue fundado el 30 de mayo de 1563 por el colonizador español Diego Ruiz de Vallejo. Fue un hecho fortuito. Un grupo de pobladores quisieron cambiar el sitio del pueblo, otros decidieron quedarse. Ése es el día de la fundación del pueblo. Los primeros pobladores fueron indios de la tribu de los cuicas. Luego llegaron los colonizadores españoles y, posteriormente, los inmigrantes italianos, venidos de la isla de Elba a mediados de siglo XIX.

Nuestro libertador, Simón Bolívar, estuvo en el pueblo el año 1813 durante la Campaña Admirable, y lo denominó el Jardín de Venezuela, nombre que perdura hasta nuestros días. Boconó ha sido un pueblo con una admirable cultura; ha sido tierra de poetas, literatos y músicos. En buena parte de las casas de las familias tradicionales del pueblo había pianos traídos de Austria e Italia durante el siglo XIX, aun cuando la primera carretera se

construyó en el año 1936. Las comunicaciones eran por caminos de recuas y en carretas.

Al pueblo lo circundan montañas con una variedad de vegetación de todas las tonalidades de verde. Agua saltarina entre las rocas que constituye las notas de unas melodías enternecedoras. Tierras hermosas donde se cultiva café desde tiempos ancestrales. Por mi cuerpo corre sangre criolla, española e italiana. Mi familia ha cultivado café durante más de cinco generaciones. Sé lo difícil que es su cultivo y cosecha. Tierras empinadas. Arbustos de una gran belleza que ejercen una función ecológica de primera importancia. El cultivo, la recogida de la cosecha, grano a grano, debe estar maduro, luego se despulpa, viene después el proceso de lavado, posteriormente se pone al sol para secarlo y, por último, en las torrefactoras, viene el tostado.

Recuerdo mis años de niño compartiendo con mi padre en su finca cafetera en las montañas de mi tierra trujillana en Venezuela. No había electricidad, y en las noches se hacía una fogata en el patio de la finca. Allí nos reuníamos todos, mi padre y los trabajadores. Sin distingo de ninguna clase. Se hablaba de las cosas cotidianas. Uno de los temas favoritos era el de los «espan-tos». Historias de almas en pena que se aparecían. No había ni radio ni, mucho menos, televisores. Allí aprendí a tratar a todos los seres humanos por igual. Cuando el frío arreciaba, a dormir todo el mundo. La neblina entraba por las ventanas de la modesta vivienda y, al amanecer, disfrutábamos el olor del café, recién colado, que impregnaba el ambiente. Era lo más parecido a los *majlis* de los árabes, que son los salones donde se reúnen a tratar los más diversos temas con su gente. Allí se tejían unas relaciones profundamente humanas y solidarias. En ese medio aprendí durante mi niñez a respetar y tratar a todos los seres humanos sin distinciones de ninguna especie. Eso me sería de gran importancia, y me ayudaría a tratar con una gran diversidad de seres humanos en mi dilatada vida de hombre público. Mi padre y mi madre fueron seres humanos de una gran sencillez y simpatía, sin distinción con nadie, indistintamente de su condición social.

Durante los dos primeros años de la primaria estudié en mi pueblo, Boconó, en una modesta escuela llamada Salvano Velaz-

co. Íbamos en alpargatas, de cuero y tejido, ya que los únicos zapatos que tenían mis hermanos y yo eran los que usábamos para ir a misa los domingos. Durante la Segunda Guerra Mundial, las llantas de las ruedas de los carros escaseaban, y solían repararlas con enormes tornillos. Cuando llegaban al final de su vida útil, servían para fabricar las «alpargatas de goma».

Nuestra vida era sencilla. Durante esos años, todos los juguetes que tenía los hacía con mis propias manos. Los carritos los hacíamos con latas de sardina. Hacíamos trompos, *rumches* o *gurrufios* con tapas de refresco, *perinolas* con carretes de hilo. Las metras, o canicas, las conocí años más tarde, porque jugábamos con *paraparas*, unos frutos negros abundantes cerca de los riachuelos. Lo máximo eran las *carruchas*, carros de madera que usábamos para lanzarnos en las calles inclinadas del pueblo. Los construíamos con tablas y las ruedas, del mismo material, cubiertas del caucho de las ruedas de los automóviles. Otra diversión inolvidable era irnos aguas arriba del río Boconó, y lanzarnos en llantas de goma varios kilómetros. El agua era helada, pero, aun así, lo disfrutábamos. Eran tiempos muy felices.

Formación lasallista

En mi pueblo había sólo un liceo de secundaria. Mi madre buscaba nuevos horizontes. Fue así como, en 1950, nos fuimos a vivir a Barquisimeto, ciudad del occidente del país con buenos centros de educación. Allí estudiamos en el Colegio La Salle de los hermanos católicos. Vivíamos distantes del colegio, y nos compraron dos bicicletas: una para mi hermano Ernesto y la otra para mí. La mía tenía un asiento trasero para llevar a mi hermano menor, Saulo. Eran 16 kilómetros diarios. Cuando empecé a estudiar tercer grado de primaria jamás pensé que se iniciaba la etapa de formación más importante de mi vida. Los hermanos se empeñaban en darnos una formación integral. No sólo eran las enseñanzas habituales, sino también formación desde el punto de vista humano. El amor al prójimo, la sensibilidad social, la formación ciudadana y, lo más importante de todo, valo-

res y principios para desempeñarnos en nuestras vidas. Jamás he olvidado las cosas que parecían entonces nimiedades, como las reglas de higiene y urbanidad. Cabellos cortos y peinados, uñas y zapatos aseados, y ropa sencilla, pero limpia. Todavía, a estas alturas de mi vida, tengo una caja de madera con betunes y cepillos para limpiar mis zapatos.

En el colegio existía una asociación de formación social llamada Vanguardia. Teníamos reuniones semanales. Leíamos los evangelios y las encíclicas sociales de la Iglesia católica. Era, sin decirnoslo, una escuela de formación de líderes. El gran educador nuestro era el inolvidable hermano Gaudencio, a quien tanto le debemos sus discípulos y nuestro país. La mayoría de los hermanos eran españoles. Siempre guardo en la memoria, además de a Gaudencio, a los hermanos Gabino, Nectario, Basilio, Eduardo, Florencio, Miguel, Alberto, Santiago y a muchos otros.

En el colegio hice grandes amigos. Algunos ya se han ido de este mundo, como Ismael Hernández, Néstor Riera, Rafael Marcial Garmendia, Gustavo Sánchez, Eladio Severino y Bernardo Pantin. Otros todavía nos acompañan, como Freddy Rojas Parra, Cruz Mario Troconis, Félix Pineda Galavis, Eduardo Pantín, Pedro Carmona Estanga, Alejandro Ramírez, Ramon I. Méndez Gómez, sólo para citar los que se me vienen a la memoria. Algunos fueron, como se dice, compañeros de pupitre y otros, contemporáneos. Mi gratitud con los hermanos de La Salle será eterna. No sólo me formaron.

En el año 1953, mi familia atravesó por una crítica situación económica. De la noche a la mañana nos quedamos sin recursos. Una mala acción de un señor, a quien mi padre le había salido de fiador, el cual no pagó sus deudas de juego y nos quedamos en una muy precaria situación económica. Mi padre lo perdió todo. Mi madre tuvo que salir a trabajar para ayudar al sostén de la casa. Aun así, salimos adelante.

Guardo mis más gratos recuerdos del colegio. Mis amigos de La Salle continúan siéndolo. Algunos, como ya mencionamos, ya no están con nosotros, pero los recuerdo a todos con inmenso cariño y afecto.

En el año 1955 nos fuimos a vivir un año a Valera, más dis-

tante de Caracas, la capital de Venezuela. Allí estudié tercer año de bachillerato, en el liceo Rafael Rangel.

En Caracas están los *chivatos*

Mi madre siempre quiso que nos fuéramos a vivir a Caracas. En Venezuela sólo había tres universidades: Caracas, Mérida y Maracaibo. Además, siempre pensó que en la capital estaban los *chivatos*, expresión de mi tierra boconesa para denominar a la gente importante.

En 1956 nos fuimos para allá, y estudié junto a mi hermana mayor, Eddy, en el liceo Andrés Bello, un afamado instituto público de educación secundaria. Estudié cuarto y quinto año de bachillerato. Allí conocí a una bella joven llanera, Egna Ríos Morillo, de quien me enamoré, y nos casamos en 1964. Ha sido mi esposa desde entonces, y madre de mis cuatro hijos: Humberto, Egna, Erika y Lorenzo.

Manifestaciones contra la dictadura

En noviembre de 1957 hubo manifestaciones estudiantiles en la Universidad Central de Venezuela y en los principales liceos de la capital. Los jóvenes repartíamos panfletos en contra de la dictadura. En una ocasión hubo una redada de la policía, y los manifestantes salimos corriendo. Un policía me capturó y levantó la peinilla para darme un planazo. Yo, con un dejo de arrojo, le dije: «Carajo, no me pegue». Sorprendido, me increpa y me dice: «¿Y por qué no?». Le respondí: «Porque usted no sabe quién soy yo». Se quedó mirándome y me llevó preso. Pensaría que era hijo de algún jerarca del régimen, cosa frecuente en muchas partes del mundo. Nos llevaron a la sede de la policía, y allí, a los más altos, que éramos tres —entre ellos Fernando Ochoa Antich, quien escogería la carrera de las armas y sería general de división y ministro de Defensa cuando Hugo Chávez dio el fracasado golpe de Estado en 1992—, nos llevaron a la sede de la Seguridad

Nacional, la policía política de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Allí conocimos a Miguel Silvio Sanz, jefe de la temible Brigada Política, y a Pedro Estada, director de la Seguridad Nacional.

A los tres detenidos nos pusieron en una sala pequeña que tenía un letrero en la pared que decía: «Lo que aquí se ve y se escucha, aquí se queda». De pronto entró un hombre corpulento de tez oscura. Después nos enteramos de que era el temible Negro Sanz. Dirigiéndose a mí, me dice: «¿Catire, tú eres el líder de los desórdenes del liceo Andrés Bello?». Le respondí: «¿Cuáles desórdenes? Allí no había nada. Llegó la policía, salimos corriendo y nos capturaron». De seguidas me pregunta: «¿Qué edad tienes?». Le respondo: «Dieciséis años». Se voltea hacia sus subalternos y les dice: «Por qué traen estos carajitos para acá. Esto se hizo para hombres».

Al día siguiente vino a vernos el director Pedro Estrada. Parecía un lord inglés. Impecablemente vestido con un traje gris abrigado, como se usaba en esos tiempos. Una corbata verde, sostenida con una enorme perla. El pelo negro engominado y una dentadura blanca perfecta. Fue cortés y comenzó a decirnos cosas. Recuerdo que nos dijo: «Muchachos, a ustedes se les arruinó su vida por meterse con mi general Pérez Jiménez». El asunto no pasó a más. A todos nos expulsaron del liceo, pero regresamos en febrero del año siguiente al caer la dictadura.

Cae la dictadura de Marcos Pérez Jiménez

El 23 de enero de 1958 cayó la dictadura, y entonces vino la efervescencia de la democracia. Los jóvenes tomamos diferentes derroteros políticos. Un grupo se incorporó al partido socialdemócrata Acción Democrática, yo ingresé al partido socialcristiano COPEI, otro grupo se enroló en el Partido Comunista y algunos en URD. Los líderes de esos partidos eran: Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Gustavo Machado y Jóvito Villalba, respectivamente.

Las elecciones de diciembre de 1958 las ganó Rómulo Betancourt, quien junto a Rafael Caldera y Jóvito Villalba, del partido

URD, firmaron el Pacto de Punto Fijo. El acuerdo permitió la gobernabilidad en esos convulsos años, con la amenaza permanente de los resabios militaristas de la dictadura y de la extrema izquierda del Partido Comunista y de la escisión de Acción Democrática, cuya juventud, en buena parte, formó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que tomó el camino de la guerrilla castro-comunista.

Estando en el liceo, ya como militante de la Juventud Revolucionaria Copeyana (JRC), un grupo de nosotros solíamos reunirnos en el parque Carabobo, a leer y comentar los libros de los pensadores cristianos. Jacques Maritain, Teilhard de Chardin, Emmanuel Mounier, Giorgio La Pira y muchos otros. Quien fungía de profesor era un compañero nuestro, mi amigo hasta estos días, Eduardo Betancourt. Nos acompañaban Froilán Vivas, Eliecer Colmenares, Janice Monique, Ildefonso Mejía e Irma Sosa. Fue mi primera aproximación a la política. En el liceo, donde me gradué de bachiller, hice grandes amigos que continúan siéndolo hasta estos días.

Mis años de estudiante en el liceo y en la universidad fueron de permanente enfrentamiento con la gente de la extrema izquierda. Toda mi vida he sido un profundo anticomunista en todas sus variantes y manifestaciones abiertas y encubiertas, como lo son actualmente el socialismo del siglo XXI, el Foro de São Paulo y, más recientemente, el Grupo de Puebla.

Estudios de geología

Algunos de mis compañeros del liceo nos encaminamos a estudiar geología en la Universidad Central de Venezuela. Del liceo veníamos Enrique Vásquez, Aura Newman, Vladimir Gamboa y Orlando Méndez.

La pandilla de amigos la conformábamos, además de los anteriormente mencionados, Freddy Chiquito, José Matos, Luis Felipe Masroua, Manuel Luzardo, Carlos González Cabrera, Alberto Soucy, Pablo Stredel, Mariela Sanz, Juana Iturralde y Nelly Pimentel. Todos teníamos sobrenombres. Cuando nos reuni-

mos en la intimidad solemos usar esos apelativos. En mi curso de Geología éramos alrededor de veinticinco alumnos. La mayoría compañeros inseparables. Todas las noches nos reuníamos para estudiar en los pasillos de la Facultad de Medicina. Los viernes solíamos reunirnos a jugar al fútbol, béisbol, dominó, y a tomar cerveza en los bares cercanos a la universidad.

La amistad era tan grande que uno de mis entrañables amigos de esos tiempos, y que aún continúa siéndolo, Enrique Vásquez, militante entonces de la izquierda, cuando era perseguido por la policía política —pues su padre, el honorable profesor Vásquez Fermín, era miembro del buró del Partido Comunista— se *enconchaba* (refugiaba) en mi casa, ya que siendo yo militante de un partido del Gobierno sería el último sitio donde lo buscarían. Mi madre, hasta sus últimos días de existencia, lo adoraba, y él siempre le retribuyó ese afecto. Enrique ha sido un gran profesional del petróleo y ha dedicado muchos años de su vida a la lucha por la libertad y la democracia de Venezuela.

En tercero, cuarto y quinto año hacíamos trabajos de campo. Nuestro profesor de campo fue nuestro admirado, y siempre recordado, Clemente González de Juana, nacido en un pueblo cercano a Burgos (España). Conocía la geología de Venezuela como la palma de su mano. Cuando describía el subsuelo le daba a uno la sensación de estar en las entrañas de la Tierra. Siempre me distinguió con su amistad y confianza. Fui su preparador de la cátedra de Geología para ingenieros en la Universidad Católica Andrés Bello. Se quejaba de mi inclinación por la política. Quería verme como un profesional exitoso de la geología. Lo complací parcialmente. A pesar de mis actividades políticas, jamás abandoné el desempeño profesional. Al final de su vida, siendo yo ministro de Energía y Minas, me correspondió condecorarlo en nombre del Gobierno nacional con la Orden Francisco de Miranda.

En 1964 realicé, junto a mis compañeros de la Escuela de Geología, el trabajo de campo para la presentación de la tesis de grado. Fue en la región de la península de Paria, en el oriente de Venezuela. Al final de la península, frente a la isla de Trinidad, está el pueblo de Macuro. Parecía que el tiempo se había detenido en

1498, cuando Cristóbal Colón pisó tierra americana en el pequeño poblado rodeado de una feraz vegetación. Paria es una estrecha península, de no más de 4 kilómetros de ancho, con pequeñas ensenadas en su cara sur, que dan hacia el delta del majestuoso río Orinoco. Al norte hay otra serie de pequeñas ensenadas que dan hacia el mar Caribe. Habían transcurrido 466 años después de la llegada de Colón. En las ensenadas del sur había pequeñas haciendas de cocoteros y cacao, cada una con un pequeño riachuelo. El único lugar poblado del sur era Macuro y un apostadero naval de la armada venezolana llamado Puerto de Hierro. Sin vías de comunicación terrestre, su único acceso era por mar.

En una de sus pequeñas ensenadas, al norte, en la bahía de Pargo, vivimos algunos de los estudiantes en una pequeña ranchería de pescadores, donde había unas seis humildes casas al lado de un riachuelo. Entre el mar y la selva no había más de 50 metros. Allí se iniciaba nuestro trabajo de campo al amanecer. Subíamos río arriba hasta la divisoria de aguas. En la tarde regresábamos a la ranchería. Nos dábamos un baño de mar y luego en el riachuelo. No había electricidad. Se cocinaba con leña. Nos alimentábamos, básicamente, de pescado y mariscos. Tuvimos la suerte de que el mecánico de nuestra lancha era un insigne pescador. Por la mañana nos preguntaba: «Muchachos, ¿qué quieren comer esta noche?». Nuestros deseos eran plenamente satisfechos.

En el rancho donde vivía, en las noches me acostaba en un chinchorro (hamaca) a soñar despierto. Lo que jamás pensé fue que, dieciocho años más tarde, en 1982, siendo yo ministro de Petróleo de Venezuela, se adelantaría un importante programa exploratorio y se descubrirían los yacimientos de gas del norte de Paria.

Desde los dieciséis años me independicé económicamente. Aunque vivía con mis padres, mis estudios me los pagué como vendedor de tiques en el hipódromo, donde trabajé durante seis años, también como profesor de Mineralogía y Geología en el Colegio La Salle de Tienda Honda y como preparador de la cátedra de Geología para ingenieros de la Universidad Católica Andrés Bello. Mi sueldo mensual era de 100 dólares en el hipódromo.

mo, y 50 dólares en cada uno de los otros trabajos, con lo cual, me pude comprar un Volkswagen escarabajo, que me costó 1.500 dólares. Con esos ingresos cubría mis gastos, iba al cine los fines de semana con mi novia y mi suegra, y comía parrillas frente al Colegio San Ignacio; para mí, todo ello era lo máximo.

Durante mis años universitarios fui dirigente universitario y un luchador frontal contra el comunismo, lo cual me hace sentir orgulloso de haber dado la batalla contra un sistema empobrecedor de las sociedades.

Inicios en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos y estudios en la Universidad de Tulsa

Me gradué de geólogo en 1964 en la Universidad Central de Venezuela.

Ingresé en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos en enero de 1965, siendo Manuel Pérez Guerrero ministro. Mi primera experiencia profesional fue como inspector de Hidrocarburos en el estado Monagas, en el oriente del país. Fue en la población de Punta de Mata. Mis responsabilidades cubrían los campos aledaños de Santa Bárbara, Aguasay y Oritupano. Allí observé el contraste entre las condiciones de vida de los que vivíamos en el campamento petrolero y el pueblo aledaño. En Campo Rojo, por el color de las tejas de los techos, vivían los gerentes y técnicos de la empresa Sinclair Oil Company y los profesionales, dos o tres que trabajábamos en el ministerio. Todos disponíamos de viviendas confortables con electricidad, gas y agua prácticamente ilimitados. También había un hospital con muy buenos servicios. Era un campo cerrado. Al salir estaba el campo obrero, denominado campo sur. Allí vivía el resto de los trabajadores de la empresa y el resto de los funcionarios del ministerio. Años más tarde, siendo ministro de Energía y Minas, las casas les fueron adjudicadas en propiedad a todos ellos, incluidos a los empleados del ministerio. Para mí fue muy gratificante y emocionante encontrarme, en esas circunstancias, con quienes habían sido mis compañeros de trabajo. Las viviendas eran más modestas, pero también contaban

con buenos servicios. El drama se presentaba con las condiciones de vida de los habitantes de Punta de Mata. Las calles eran de tierra y en la temporada de lluvia se convertían en inmensos lodazales, en muchas viviendas no había electricidad ni agua. Era una situación similar a la que se vivió al inicio de la actividad petrolera en la costa oriental del lago de Maracaibo y en la población de El Tigre, la zona de oficinas. Fue lo mismo que ocurrió en Abadán (Irán) y en Dhahran (Arabia Saudita).

En los campos petroleros de la zona, la producción declinaba de forma permanente, hasta la década de los ochenta, cuando se hicieron los grandes descubrimientos de las zonas profundas del norte de Monagas.

Muy temprano me percaté, siendo geólogo, de que si quería hacer carrera en el Ministerio de Minas e Hidrocarburos debía complementar mi formación y hacer un posgrado en Ingeniería del Petróleo. Recibí una beca por parte del Ministerio de Minas e Hidrocarburos. En 1966 fui a hacer un posgrado en la Universidad de Tulsa (Oklahoma), en Estados Unidos. En dicha institución habían estudiado jóvenes venezolanos desde el año 1930. Por dicha universidad hemos pasado legiones de jóvenes para estudiar disciplinas vinculadas con el petróleo.

En mis tiempos en Tulsa había un grupo de venezolanos y colombianos muy numeroso. Debíamos estudiar sin descanso y con grandes limitaciones económicas. Después de pagar los gastos de alojamiento y comida me quedaban entre 25 y 50 dólares para gastos de diversión. Aun así, fuimos muy felices. Hacíamos reuniones sociales con la contribución de todos los que asistíamos.

En el año 1967 recibí una llamada del Departamento de Estado de Estados Unidos. El diputado Luis Herrera Campíns, destacado líder del partido socialcristiano venezolano, quería venir a visitarme. Pasaría varios días en mi modesto apartamento. Aquello era un descalabro económico. Fui a una casa de préstamos y solicité 100 dólares. Mi fiador fue mi gran amigo Pedro Jam. La pasamos muy bien. Años más tarde, Luis Herrera Campíns llegaría a ser presidente de Venezuela y me nombraría ministro de Energía y Minas.

En la Universidad de Tulsa obtuve el título de Máster en Ingeniería de Petróleo. Posteriormente me incorporaron al Hall de la Fama de la Escuela de Ingeniería y Alumno Distinguido de la Universidad, honores que siempre he valorado.

Regresé a Venezuela en 1968, y trabajé en varios departamentos de la dirección de hidrocarburos del Ministerio de Minas e Hidrocarburos. Fui progresivamente subiendo en el escalafón hasta que en 1970 fui designado director de la Escuela de Ingeniería y Petróleo de la Universidad de Oriente. Estuve ejerciendo tareas administrativas y dando clases hasta 1973, cuando regresé a Caracas y fui designado director de Bienes Afectos a Reversión del Ministerio de Minas e Hidrocarburos.